

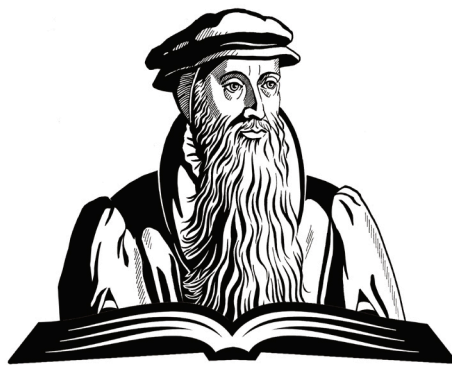
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

El Matrimonio Bíblico

*Rev. Robert McCurley (M.Div.)
En 8 lecciones*

Lección #3

La cabeza de la mujer



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2024 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con ánimo de lucro, a excepción de citaciones breves con el propósito de revisar, comentar o investigar, sin el permiso por escrito del editor, el Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. Robert McCurley es ministro del evangelio de la Iglesia Presbiteriana de Greenville [*Greenville Presbyterian Church*], en Taylors, Carolina del Sur, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada) [*Free Church of Scotland (Continuing)*], del presbiterio de los Estados Unidos de América.

greenvillepresbyterian.com



El Matrimonio Bíblico

en 8 lecciones

por el Rev. Robert McCurley

1. Prioridades en un matrimonio bíblico
2. La unidad en el matrimonio
3. La cabeza de la mujer
4. Siervo y pastor
5. Esposas piadosas I
6. Esposas piadosas II
7. La comunicación y la crianza
8. Las finanzas y las relaciones físicas

Lección #3

La cabeza de la mujer

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN #3

Cuando se viaja en un autobús o en un coche, la persona que ocupa el asiento del conductor controla el volante, el acelerador, el pedal del freno, etc. Aunque el conductor no puede controlar lo que están pensando o diciendo los que están dentro del vehículo, él determina la dirección, la ruta y la velocidad a la que están viajando todos en el vehículo. Esto ilustra el papel del marido en un matrimonio y una familia bíblicos: el esposo establece la dirección espiritual de su familia. El Señor, por supuesto, provee el mapa en las Escrituras, pero el esposo sigue estas claras instrucciones para dirigir a su familia en los caminos del Señor.

En otras palabras, como va el marido, así va la familia. El ejercicio del liderazgo piadoso da forma a la dirección espiritual del hogar. Y, así como el esposo guía espiritualmente su hogar, la esposa suele contribuir a la atmósfera dentro del hogar, pero consideraremos su papel y responsabilidad en futuras lecciones.

¿Qué significa que el marido sea la cabeza de su mujer? ¿Cómo se relaciona esto con la relación entre Cristo y la Iglesia? ¿Por qué Dios les dice a los maridos que amen a sus esposas, y qué significa esto en la práctica? En esta lección estudiaremos lo que la Biblia nos enseña acerca del lugar que Dios ha asignado a los maridos en un matrimonio bíblico. Consideraremos la posición del marido y sus principales objetivos. En la próxima lección, explicaremos su ejercicio de liderazgo piadoso.

Pero, permítanme también decir unas palabras a las esposas antes de iniciar esta lección. En caso de que usted esté tentada a usar este material para reprender a su esposo, por favor, recuerde las palabras de 1 Pedro 3:1 en adelante; y también recuerde que en una lección futura se hará lo opuesto, y se tratará con las esposas.

Así que, en primer lugar, tenemos que considerar la posición del marido; en una palabra, esa posición es de cabeza. La Biblia dice que el marido es la cabeza de su mujer. Esta autoridad es otro reflejo de la relación de Cristo con Su esposa, la Iglesia. Efesios 5:23, dice: «Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, y él es el Salvador del cuerpo». La Iglesia se presenta como la esposa de Cristo tanto en el Nuevo Testamento como en todo el Antiguo Testamento. Pensemos, por ejemplo, en el profeta Isaías, Ezequiel u Oseas, o pensemos en el libro del Cantar de los Cantares, y en tantos pasajes diferentes a lo largo de los Salmos. La idea de ser cabeza encaja con el evangelio como pacto matrimonial.

Además, esta autoridad es ineludible. ¿A qué nos referimos con esto? A que la autoridad del marido es un hecho, y no un mandato. Así que piensen de nuevo en las palabras de Efesios 5:23. Pablo no dice: «Maridos, *sean* cabezas de sus mujeres», o «*deben ser* cabezas de sus mujeres». Más bien dice: «Maridos, *ustedes son* cabezas de sus mujeres». El marido no puede dejar de ser cabeza, aunque por su pecado a veces puede ser una cabeza disfuncional. Pero, a pesar de ello, siempre está diciendo algo a través de su vida, y de su relación como marido. Estás diciendo algo verdadero o algo erróneo acerca del evangelio, y la relación de Cristo y la Iglesia.

Como cabeza, el marido es un representante de Dios en el hogar. Por lo tanto, debe modelar con precisión el carácter de Dios a su esposa y a su familia. Ellas deberían poder ver en sus esposos algo acerca del Señor Jesucristo mismo. Deberían poder trazar, por así decirlo, el contorno de quién es Cristo.

La primera relación de un esposo es con su propia cabeza, el Señor Jesucristo. Así es; el esposo también tiene una cabeza. En 1 Corintios 11:3 leemos: «Mas quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer». Así que, si la relación del marido con Cristo no está floreciendo, entonces la relación del marido con su esposa sufrirá. Su relación con su cabeza, Cristo, influye directamente en su relación con su esposa.

El esposo es también el supervisor o el gobernador, el gobernante de su hogar. Ahora bien, hoy en día algunos insisten en que la autoridad masculina fue un resultado de la Caída en Génesis 3; que antes de la Caída, la autoridad del hombre no existía, sino que vino como una consecuencia de ella. Bueno, esto contradice la Biblia. Esta posición de cabeza, en realidad, fue dada al esposo antes de la Caída, no como resultado de la Caída. Y, ustedes ven esto cuando abren sus Biblias y miran Génesis 2; fíjense en el verso 18, en el 22 y en el 23. Observen que, cuando llegamos al Nuevo Testamento, Pablo apela a ese relato de la Creación en Génesis 2 cuando

habla del papel de la mujer, por ejemplo, en 1 Timoteo 2:11 en adelante, y de nuevo, en 1 de Corintios 11. El ser cabeza es un llamado divino. Es un llamado y una responsabilidad del esposo.

Pero él no es inherentemente más merecedor de esta posición que la esposa. Sólo Dios tiene la autoridad final, por lo que, toda la autoridad humana en este mundo se deriva de Él; y Él establece el patrón y establece los parámetros para el ejercicio de esa autoridad. Pero es una posición asignada por Dios y, por lo tanto, debe ser mantenida.

Así que, la autoridad no es un derecho. No es un derecho, por ejemplo, para controlar abusivamente o, por otro lado, ser terriblemente negligente. De hecho, no es un derecho en absoluto, sino una responsabilidad. Es la responsabilidad de amar, dirigir, proteger y servir a su esposa, como el Señor Jesucristo.

Piensa en un ejemplo paralelo. A un pastor o a un anciano dentro de la iglesia también se le da un llamado y un rol que debe cumplir ante Dios, y ese rol incluye autoridad y responsabilidad. Pero, él no es inherentemente más merecedor, por ejemplo, del respeto u obediencia que los miembros de la congregación deben darle. No es inherentemente más merecedor de eso que aquellos a los que sirve. Sí, es cierto que en Hebreos 13:17 se dice que el pueblo del Señor debe obedecer y someterse a los que los gobiernan, a los ancianos. Pero es sólo el llamado de Dios y la posición que Él asigna lo que determina esa respuesta del pueblo de respeto y obediencia. Esto tiene implicaciones prácticas.

Piensa en la diferencia de nuestra perspectiva cuando una esposa falla en respetar la autoridad del marido. Si eres un esposo, piensa en esto. ¿Te ofendes legítimamente por Cristo y la vergüenza que esto le trae a él? ¿O te ofendes, en parte o por completo, sólo por ti mismo? La objeción «¿cómo te atreves?» puede estar motivada por el egocentrismo, o por tener nuestro orgullo herido. ¿Descargar nuestra ira es una expresión de inseguridad o una insistencia en que merecemos un trato mejor? ¿O la perturbación de nuestro espíritu es impulsada por un celo por la gloria de Cristo que, en este caso, está siendo socavada por la esposa?

Como ves, Dios asigna diferentes roles a diferentes personas, y todos debemos aprender a permanecer en el llamado que Dios nos ha dado. Pablo se dirigía al matrimonio y a la soltería cuando escribió en 1 Corintios 7:20: «Cada uno en la vocación en que es llamado, en ella permanezca». Esto nos lleva, en segundo lugar, al llamado del marido; y aquí, todo el marco del llamado se define en términos de

amor. La principal exhortación de Dios al marido es que ame a su mujer. Volvamos a ese pasaje de Efesios 5. Fíjate en que se repite tres veces. En el verso 25, en el 28 y en el 33, se les dice a los esposos que amen a sus esposas, y lo mismo se puede encontrar en el pasaje paralelo en Colosenses 3:19.

Los hombres a veces pueden estar motivados por un reto. Puede ser tentador darlo todo al principio, antes de estar casados, para asegurarse una esposa; y luego, después del matrimonio, redirigir sus intereses y energías hacia el siguiente reto. Pero, Dios llama a los esposos a buscar a sus esposas todos sus días. Debemos tener un amor permanente. Puede ser tentador ser pecaminosamente independiente hasta descuidar la relación matrimonial. Los maridos pueden fácilmente ocuparse en otros objetivos, y no sentir la necesidad de cultivar una relación estrecha con su esposa. Pero, si han de reflejar a Cristo y Su relación con la iglesia, entonces deben buscar la unidad y la comunión constante con su esposa. Piensa en cómo esto se pone de manifiesto en Juan 15:1 en adelante; y considera la descripción del amor del marido en Efesios 5.

Se nos dice que el amor es dar: «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella». Se nos dice que ese amor implica sacrificar su propio cuerpo, en el verso 28, y cuidar del otro como de uno mismo, en el verso 33. Se trata de un llamado a la búsqueda perpetua. El marido no debe descuidar a su mujer como a su propio cuerpo. Él no se dedica a su propio cuerpo esporádicamente, ni odia su propia carne; y así, con su esposa. Este es un llamado a la abnegación diaria. Una vez más, puedes ver esta definición de amor en 1 Corintios 13:4-7.

Si te fijas en Colosenses 3:19, Pablo advierte a los maridos que no sean ásperos con sus esposas. Esta es una tentación punzante dirigida a socavar el amor. Piensa de nuevo en Cristo y compáralo con Adán, por ejemplo, Su respuesta y la respuesta de Adán en el jardín del Edén. Cristo nunca se queja al Padre usando un lenguaje como: «La mujer que me diste». Esa fue la respuesta de Adán. El Señor Jesucristo tampoco desea estar con otra persona. La amargura es, entre otras cosas, negarse a perdonar, y el perdón es parte del amor.

De hecho, al pensar otra vez en el evangelio, en la gran obra de gracia que Dios realiza en la vida de un pecador, una de las maravillosas manifestaciones de su amor salvador está en el perdón de los pecados, en el perdón que da a Su pueblo. El amor de Cristo se manifiesta en perdonar repetidamente, y en soportar a Su pueblo con paciencia y longanimidad. Cuando el esposo reflexiona afectuosamente sobre

todo lo que el Señor Jesucristo ha hecho por los pecadores pobres y necesitados pero redimidos, recibe un gran contentamiento y ayuda para saber cómo amar tangiblemente a su esposa al ser rápido para perdonar, y ser paciente y sufrido.

El marido debe amar a su mujer como Cristo ama a la Iglesia; ese es el lenguaje de Efesios 5:25. Así que, surge la pregunta: ¿En qué consiste esto exactamente? Bueno, eso requiere que primero entendamos lo que las Escrituras enseñan sobre el amor de Cristo. Si el esposo debe amar a su esposa como Cristo amó a la Iglesia, ¿cómo amó Cristo a la Iglesia?

Bueno, se nos dice que Él puso Su amor en Su pueblo. Pensemos, por ejemplo, en Deuteronomio 7:7, cuando el Señor Jehová dice: «Elegí amarte por Mi propia voluntad». Se trata de un compromiso de elegir amar, no sólo una emoción o la idea de enamorarse. Cristo es el modelo supremo de amar incluso a los que son difíciles de amar. En Romanos 5:8 leemos: «Mas Dios muestra Su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros». En ese mismo contexto, Él describe el amor por Su pueblo, y a Su pueblo mismo en el verso 6 como aquellos que son «impíos», y en el verso 10 como los que eran «enemigos». Jesús no estaba amando a alguien que era fácil de amar, sino que Su amor se magnifica en Su voluntad de mostrar amor incluso en medio de todas las fallas de Su pueblo.

Así como Cristo aprecia a Su novia, el esposo está llamado a apreciar a su esposa. Observa aquel pasaje del profeta Sofonías 3:17 donde se describe al Señor como gozándose sobre Su pueblo con alegría, regocijándose sobre ellos con cantos, etcétera. Bien, esto implica dedicar tiempo y toda nuestra atención a nuestras esposas. El lenguaje de los Salmos está lleno de esto, de la atención que el Señor tiene hacia Su pueblo en tiempos de aflicción y dificultad, de prueba y dolor, así como en tiempos de triunfo. Su ojo está constantemente sobre Su pueblo; de hecho, Su pueblo es llamado «la niña de Sus ojos».

El amor de Cristo incluso embellece a Su novia. Volvamos una vez más a Efesios 5. Hablando de Cristo, dice: «Para presentársela —es decir, a la Iglesia— gloriosa a sí mismo, como una iglesia que no tuviera mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mácula». Así deben los hombres amar a sus esposas, como a sus propios cuerpos. Ese es el lenguaje de las Escrituras. El amor del esposo produce belleza en sus esposas. Debemos cultivar una mayor belleza espiritual en ella.

Además, el marido debe alabar a su esposa. Desde luego, esto es un medio para animarla, edificarla y fortalecerla, pero también es un medio para dar gloria a Dios.

Por eso, en Proverbios 31:28, se nos dice que el esposo la alabará, se levantará y la llamará bendita. Piensa en todas las formas en que el Señor alaba a Su esposa. Cantamos sobre esto en el Salmo 45, en la última parte de ese salmo, donde tenemos esta hermosa descripción de cómo el Señor piensa y habla de Su novia, la Iglesia.

El marido también debe apoyar a su mujer. Esta es otra forma de amarla tangiblemente. Él, como el vaso más fuerte, no debe cargarla con cosas cuando ella es el vaso más frágil. A veces, tal vez, es tentador para los esposos no ser tiernos y compasivos; pero Cristo es nuestro máximo ejemplo. Él miraba a las multitudes con compasión, no irritado o sin condescendencia; sino que nueve veces en los Evangelios se nos dice que el Señor miraba a las multitudes con compasión.

Piensa en cómo esto se manifiesta en otros aspectos de la familia. Fíjate en que Pablo dice a los padres (una relación diferente, pero con un principio similar), Pablo dice a los padres: «No provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor». Bueno, aquí hay una imagen similar de los maridos que educan a sus esposas en las cosas del Señor.

Cristo, por supuesto, es perfecto. A diferencia de cualquier marido humano, Él es perfecto, y nunca tiene la culpa de nada. Es por eso, que la culpa en esa relación matrimonial celestial tiene que estar siempre del lado de la Iglesia. Sin embargo, a diferencia de Adán, Cristo no adopta una postura acusadora hacia su esposa.

Amar a tu esposa también implica ser un estudiante de ella de por vida. En 1 Pedro 3:7, dice que los maridos deben «[vivir] con ellas —las esposas— sabiamente». Los esposos necesitan crecer en la comprensión tanto de la comunicación verbal como no verbal de sus esposas. Esposos, eso significa que necesitan observar y escuchar de cerca, pero no asumir que entienden, o que saben todo lo que está pasando en su corazón o en su mente. En caso de duda, tienes que preguntar. Se necesita habilidad para sacar de nuestras esposas las cosas que, tal vez, ni ellas mismas ven, en un esfuerzo de servir las, animarlas y ayudarlas.

Permíteme ofrecerte un par de ejemplos de algunas áreas que puedes explorar y conversar con tu esposa para entenderla mejor. Puedes hablar con ella acerca de la doctrina bíblica. ¿Qué es lo que ella sabe? ¿Qué tiene claro con respecto a la doctrina de las Escrituras? ¿En qué aspectos es débil, tiene carencias y necesita más instrucción? Por supuesto, puedes hablar con ella acerca del hogar, y todas las metas y responsabilidades, los diversos desafíos que se enfrentan en el hogar. Si tienes hijos, es importante hablar con ella sobre los hijos, cómo les va, cómo se relacionan con

ella, cómo se relacionan entre ellos, sus fortalezas y debilidades, cuáles son sus necesidades. Puedes hablar con tu esposa sobre sus responsabilidades; aquellas que Dios le ha dado. O, también puedes hablar con ella sobre su propia familia, sus familiares lejanos, o sus amigas.

Habla con ella sobre sus áreas de servicio cristiano dentro de la iglesia. O sus metas, sus esperanzas, sus sueños. Puedes hablar con ella sobre la forma en que podrías ser un mejor padre y esposo; o sobre lo que tú podrías hacer para ser aún más edificante. También, tienes que hablar con ella sobre sus luchas y sus sentimientos con respecto a muchos asuntos.

Incluso si te limitas a esta breve lista, podría dar lugar a horas de conversación edificante. Pero, el punto es claro: Los esposos aman a sus esposas al buscar un mayor y más profundo entendimiento y conocimiento de quiénes son, tanto espiritual como físicamente, con respecto a sus relaciones y todo lo demás. El llamado del marido es el amor, y este es un llamado perpetuo. Él debe buscar una vez y otra vez, una y otra vez, a su esposa en amor todos sus días.

Bien, en esta lección hemos considerado el papel del esposo como cabeza de su esposa, y su llamado principal de buscar a su esposa en amor. En la próxima lección, nos centraremos en la práctica del liderazgo piadoso del marido dentro de un matrimonio bíblico.